

TEMPLO HERMANA TERESA

“Más allá de la realidad”

01/11/2025



“Más allá de la realidad”

Queridos hermanos y hermanas.

Hay frases que contienen en sí mismas un universo entero de sentido. En esta Ceremonia de hoy queremos reflexionar con ustedes respecto a esta frase que Carlos Nos compartió y que dice:

“La Fe es el ojo que ve y siente más allá de la realidad”

Esta frase pertenece a esa categoría de verdades profundas que parecen simples, pero que, al ser meditadas, nos abren puertas interiores hacia una comprensión mayor de la vida y del espíritu.

Porque la Fe —esa palabra tan corta y tan inmensa— no se limita a creer en algo que no se ve. La Fe es el ojo del alma, el que percibe lo que los ojos del cuerpo no pueden captar. Es la mirada silenciosa que atraviesa la superficie de lo visible y se adentra en lo invisible, no para negarlo, sino para reconocer que en ese misterio habita la esencia más pura de la existencia.

La realidad que nos rodea, con sus formas, límites y ruidos, muchas veces intenta imponerse como la única verdad. Nos muestra el dolor, la pérdida, la injusticia, el cansancio, la incertidumbre. Y frente a eso, la Fe parece, a primera vista, una ingenuidad. Pero quien ha sentido la Fe en lo profundo de su ser, sabe que no es ingenuidad, sino sabiduría. Que no es ceguera, sino visión. Porque la Fe no niega la realidad, sino que la transforma. No la evade, sino que la atraviesa. No la ignora, sino

que la resignifica.

La Fe es ese ojo que no mira hacia afuera, sino hacia adentro. Y desde allí ilumina el mundo.

Desde la mirada humana, solemos creer que ver es comprender. Pero no siempre lo que vemos es lo que realmente es. Hay cosas que los ojos perciben, pero el alma no acepta; y hay otras que el alma sabe, aunque los ojos las nieguen.

Cuando alguien pierde a un ser querido, cuando atraviesa una enfermedad, o cuando la vida se vuelve cuesta arriba, la razón se pregunta: “¿Por qué?” Pero la Fe no pregunta, la Fe confía. La Fe no busca respuestas, busca sentido. No porque no duela, sino porque sabe que incluso el dolor puede ser parte de un proceso mayor que no alcanzamos a entender en el momento, pero que en el fondo tiene una razón luminosa.

La Fe es, en esencia, una forma de amor. Porque amar es también creer, incluso cuando no hay garantías. Creer en la vida, creer en los demás, creer en uno mismo, creer en lo que aún no se ve. Tener Fe es decirle al alma: “Sigue caminando, aunque no veas el camino completo. La luz se encenderá cuando sea el momento justo.”

Esa confianza silenciosa, esa certeza sin pruebas, esa calma que aparece cuando todo parece perdido... eso es la Fe.

Decimos que la Fe “ve y siente más allá de la realidad”. ¿Qué significa eso? Significa que la Fe percibe lo que aún no ha

sucedido, pero ya está germinando en lo invisible. Que reconoce el propósito detrás del caos, el crecimiento detrás de la caída, la enseñanza detrás del error, y la esperanza detrás de la noche.

Por eso la Fe no es pasiva. No es simplemente esperar que algo suceda. Es actuar desde la convicción de que todo lo que hacemos, cuando lo hacemos con pasión y confianza, tiene un propósito más grande. Es una fuerza que nos impulsa, que nos levanta y nos sostiene cuando las fuerzas humanas se agotan.

Permítannos compartirles una historia que ilustra esto que hablamos.

Cuentan que en un pequeño pueblo, vivía un escultor muy anciano llamado Elías. Había pasado toda su vida tallando figuras en piedra. Sus manos, aunque envejecidas, todavía tenían la precisión de quien crea desde el alma. Pero con los años, su vista comenzó a fallar. Primero los detalles se volvieron borrosos; luego, las formas; y finalmente, el mundo entero se le volvió sombra.

Aun así, Elías no dejó de trabajar. Cada mañana se sentaba frente a un bloque de piedra, acariciaba su superficie con las manos, y comenzaba a tallar con una calma que desconcertaba a todos. Los vecinos le decían:

—Elías, ¿cómo puedes seguir esculpiendo si ya no ves?

Y él sonreía y respondía:

—No necesito ver con los ojos. La forma vive dentro de la

piedra, y yo la siento con el alma.

Un día, un joven aprendiz se acercó para ayudarlo. Elías le pidió que le acercara un bloque especial de mármol. Durante meses, el viejo escultor trabajó sobre él sin descanso, guiado solo por el tacto, por el sonido del cincel, por la Fe de que dentro de esa roca dormía algo hermoso. Cuando al fin terminó, pidió al aprendiz que lo ayudara a limpiar el polvo y a describirle lo que veía.

El Joven. Conmovidó. Le dijo:

—Maestro, es un ángel... parece que va a echar a volar.

Elías sonrió y respondió:

—No parece. Va a volar. Solo necesitaba que alguien lo ayudara a despertar.

Ese día, el anciano cerró sus ojos definitivamente, en paz. Había tallado su última obra. Y en el silencio del taller, el aprendiz comprendió que la Fe no necesita ver la piedra completa para liberar al ángel que duerme en ella. Porque la Fe ve más allá de la materia: ve la forma invisible que espera ser revelada.

La Fe nos enseña que no hay oscuridad total mientras haya una chispa encendida en el alma. Que la realidad puede mostrar límites, pero el alma no los conoce. Que la vida puede doler, pero el dolor no define la existencia. La Fe no cambia los hechos, pero cambia el modo en que los vivimos. Y cuando cambia eso, cambia todo.

La realidad dice: “No hay salida”.

La Fe responde: “Espera, porque todavía no viste la puerta.”

La realidad dice: “No se puede.”

La Fe susurra: “Con calma, con pasión, con confianza... sí se puede.”

La realidad dice: “Todo está perdido.”

Y la Fe, sin levantar la voz, dice: “Nada está perdido mientras quede una sola chispa de luz.”

Hermanos y hermanas la Hermana Teresa nos dice hoy:

La Fe no es un refugio para los débiles, sino la fuerza de los que eligen seguir.

Recordemos entonces que la Fe es ese ojo que ve y siente más allá de la realidad.

Que Dios nos proteja, que Jesús nos ilumine, que la Hermana Teresa nos guíe y que María nos acompañe.

